

EL TRÁNSITO II

1. LA LÍNEA MÁS CORTA

LA ENVIDIA

Sí, voy a consultar mi reloj para ver si ya es hora de hacerles una confidencia. No se trata del reloj de pulsera subcutáneo, sino de un verdadero cronómetro, de un antropófago de instantes cuya manecilla –que crea y que destruye sin descanso la burbuja del *ahora*– ha dado ya a mi lápiz la señal de que es necesario comenzar su melodía de plomo.

Los poetas andamos por ahí sufriendo una infinita envidia por los pintores, por esos individuos que rebautizan la ceguera con el nombre de infierno. Ni modo, deseo confesarlo: padecemos una tristeza –que se muerde los puños– por el bien ajeno. Nada nos molesta más que saber que esos artistas, con un arcoiris vibrándoles en la mano izquierda, tienen frente a sí una modelo más desnuda que la espada del caballero medieval lleno de cólera. Una modelo desvestida, untada de luna, una *preciosa* que ha dejado su pudor almidonado y con encajes en el cajón del ropero. Vestida solamente con una sonrisa. O con un lunar avergonzado que piensa sólo en cómo evaporarse. Cuerpo que intenta torpemente tapar los senos con un par de pezones o tachar el pubis con un mechón de tinta. Cuerpo empeñado durante horas en ser fiel a su voto de inmovilidad.

Por eso, al tiempo de hacer esta confidencia, voy a largar esta otra: soy el primer poeta del universo mundo que emplea para forjar ciertos poemas, una modelo. Oyeron bien: una modelo, una mujer que prefiere un habitáculo de palabras a ser una criatura de la perspectiva.

Mi poema comienza con el acto de desnudarse de mi amiga, con ese instante único en que el mundo aumenta en uno más la lista de milagros, como la sonata perfecta que en medio de la sala se desabotona los silencios. Más adelante, cuando sólo la ropa interior y su tibio reducto de secretos protege a la modelo del frío, del ojo afrodisíaco de la cerradura y de mi lápiz, digo: "pienso cómo me irrita que Venus se halle velada por antosalas de lino, preámbulos de lana o pudores de ceda".

Pero ella le da la palabra a sus muslos y al moreno color que los exalta. Enfoco la pupila. Embarazo mi pluma. Sacudo mi mano derecha. Vuelvo los ojos al papel. Apunto: "un seno, tras la atmósfera, se halla en cuarto creciente. Tras un esfuerzo, rompe al fin el pudor. Rasga el corpiño. Y afirma, a plena piel, su plenilunio". Digo también: "Tengo preparado todo el hilo de Ariadna para entrar en tu ombligo". Subrayo: Ese lunar que luces cabe el seno (como un ápice de niño buscando su fontana) engalana, entre líneas, a la mujer de mi poema". "No te quedes inmóvil. Camina por el cuarto. Teje los cuatro puntos cardinales. Sólo un pintor académico –que

consulta el diccionario de la rima cada vez que da un brochazo— puede gustar más del agua estancada que del riachuelo".

Las rítmicas caderas, ya sin ropa, se llenan de bellísimas palabras, inaudibles tan sólo para aquellos que sufren, en los tímpanos, alguna de las enfermedades que acaban por crucificar a los instintos. Mi modelo camina, se dirige a la ventana a embarrarse de luz, luego vuelve salpicando su entorno de luciérnagas.

Mas qué distintos somos pintores y portaliras. Al terminar una sesión, los pintores, salvo que tengan alma de poetas, depositan en la palma de la mano de la mujer las ruedecillas constantes y sonantes del contrato. Después, la despedida.

Los poetas, en cambio, cuando le dan los últimos retoques al poema, piensan que la sesión, lejos de haber llegado a su término, no ha sido otra cosa que el preludio de un intento de fuga a varias voces formado con cantos de sirena. Cierran, pues, las ventanas. Convierten el estudio en una alcoba. Incitan a la lámpara a bajar la voz hasta la confidencia. Y sienten que tras de dar de baja a un adjetivo, ponerle más combustible a un verbo y pulir en un esdrújulo las redondeces todas de la mujer que posa, llega el momento de la complicidad entre el frío y la temperatura del deseo.

El lápiz se detiene al pie de su eyaculación, como el que gusta sólo de merodear el paraíso. Poco después, y durante toda la noche, se escucha la respiración profunda del sueño en la mujer, en el poeta y en su lápiz. A este último es al que con más dificultad puede llevarse la excitación al sueño.

AUTOBIOGRÁFICA

Sí, soy un cementerio nuevo,
que ha estrenado esta tarde
una mujer que ha muerto.

Juan Ramón Jiménez.

Soy uno de esos individuos que deciden un día vocear sus memorias. Invitar a la posteridad a visitar mi casa, mi alcoba, mi cerebro y la cara oculta de sus fantasmas. Hablar del enamoramiento de mis padres, donde probablemente se insinuó por primera vez el puñado de células que conjugo en presente de individuo. Y también comprometer a la mano de uno de mis hijos o de mis deudos a rematar mi escrito con la aclaración de que el autor falleció el día tantos, a las tales horas, en el pináculo de su último segundo, y quizás en olor a soledad.

Entre estos dos extremos, tengo una buena cantidad de cosas que decir. Que la comadrona, por ejemplo, me obsequió –no como regalo de cumpleaños sino como don por haber cumplido mi primer instante– un salvoconducto para acceder sin trabas al oxígeno y este reloj del pulso que sigue cuente que te cuente su camándula de segundos. Una buena cantidad de cosas que decir. Que los senos de mi madre –y en alguna ocasión los de mi tía María Luisa– pusieron brochazos de blancura en mis entrañas. Que la parvada de pellizcos salvajes me hicieron un buen niño: limpio, obediente, tartamudo, con todos sus malos pensamientos puestos en cuarentena o clausurados a doble llave en el cajón del recato. Que tuve amores grandes y pequeños y medianos: toda una sierra madre de pasiones. Los volcanes más elevados, aquellos que se robaron cielo –sin más humareda que la vaga y mentirosa de una nube– se hallan hoy congelados. Pero los pequeños, menos orgullosos y distantes, cultivan la hierbabuena de excitación y orgasmo.

Puedo hablar de mis muertos. Del camposanto en que se ha ido transmutando el alma mía. Aludir a mi padre, a mis tías, a mi abuelo y a la autora de mis respiraciones, mis juegos al escondite o la música de cámara de mis suspiros.

¡Cuántas cosas que decir! Que la poesía no sólo se halla en una atmósfera a la que le castañetea los vientos, en el pararrayos que recita de memoria las andanzas de Prometeo o en la batería antiaérea del crepúsculo que convierte en chatarra los escuadrones de la tarde; no sólo campea en los ámbitos cósmicos donde las palabras descomunales, universo, totalidad, ilusión, pierden siempre algunos milímetros frente a la realidad, o al

infinito que se autodeletrea, sino también en la minucia donde burbujea lo infinitesimal; en esos bocados succulentos de lo invisible que son la brizna, la lágrima del gusano, los designios del ápice; o en el vaso, tintineante de hielos, donde revuelvo el alcohol, el agua mineral y, mirando de reojo a mi presa, las malas intenciones.

Hablar de la niñez. Cuando llegar a la noche con las rodillas limpias, como Dios manda, podía compararse a los días en que el poeta, en medio de un sismo de tropos y con las rimas enmarañadas, no puede pergeñar ningún ensueño, ni arañar al poder en ninguno de sus flancos. O a los días en que el poeta no entiende el idioma extranjero y de otro mundo que gusta a veces de usar, masticando la lengua, su musa de siempre.

Hablar de la niñez. Cuando, iconoclastas en ciernes, mis amigos y yo celebrábamos reuniones de célula para tramar nuestras mayores travesuras –espíar a la vecina, fundir luciérnagas a fuer de pisotones, permitir a las resorteras tutearse con la fuga a dos alas de un gorjeo– y sus pequeños caos de juguete.

Decir del primer amor, que es la línea más corta entre la navaja y la corteza del árbol, entre el carcaj de impulsos y los senos utópicos. De ese amor que nos hace imaginarnos que hemos descubierto el pasadizo oculto que lleva de lo efímero a lo eterno, del tronar de dedos que produce la chispa del corto circuito, hasta la procesión de instantes que, con la vista anegada de beatitud, se resisten por los siglos de los siglos a morder el polvo.

Hablar de la madurez, de la mitad de la vida, del momento en que el entusiasmo deja por fin de darle la espalda a lo posible y sus flirteos con lo real. Del momento en que el hombre, si aún se sueña flechador del cielo, identifica ahora el cielo con las nubes enamoradas de la tierra húmeda o con las brisas que vuelan aleteando con trabajo su avería.

Aludir a la vejez que se nos viene encima, a la salteadora de caminos, a la bandolera que nos agarra indefensos (en un rincón del tiempo, inmovilizados por nuestra madeja de arrugas), para robarnos miradas y sonidos.

¿Peina canas ahora la libido? ¿En la tercera edad el deseo es una errata en los propósitos? ¿Mi corazón se halla también preso de arrugas? ¿Oh punto equidistantes entre dos nadas: la que fue destruida por la cuna, la que será criatura del sepulcro!

Pero soy un punto. Un incidente. Una metida de pata de Dios, si Dios hubiera. Un puñado ridículo de lustros. Alguien que alza la voz para dar testimonio de esta saliva condenada a muerte. Un roedor que devora su propio calendario.

INTIMIDADES

La primera vez que el muchacho oyó el canto fue en la tina. Era un canto tan dulce que él dejó de chapotear, embelesó sus ansias y subió la atención a todo su volumen. Entornó los oídos al oír los aleteas de azúcar tramitados por el aire. Entonces tuvo que amarrarse, resuelto, al mástil de su incertidumbre para no levantarse de la tina, salpicar su entorno de concupiscencia y correr, sacudiéndosele el pretérito reciente, en pos de la música. Pero no pudo más. Se aseó los oídos, salió del baño, midió con una mirada el tamaño de su pudor y tiró la toalla.

La sirena no tuvo tiempo para oponer al acoso el tabú del incesto.

EL ESPEJO DE EROS

1

Retrato de una virgen

Un cuerpo diseñado por la negociación de los dedos de Dios con la belleza o por las fantasías de una dialéctica natural excomulgada. Las miradas, como ramo de rosas, violetas y rejos. La nariz, arremangada para olfatear el curso rectilíneo de su perfección. Los pómulos, que hallaron en no sé qué frutero su metáfora fundante. El cabello, como llovido a cántaros, chapoteando en los hombros. Las piernas, exaltando su leche endurecida. Los senos, aterrados, con sus pezones en punta. Y más abajo, a la mitad de usted, a una mano del vello de su pubis, la ensortijada caja del deseo que se muere de ganas de decir su confidencia.

2

Acoso

Mis perros siameses se las saben de todas todas. Fingen morder. Se acurrucan en sus nostalgias. Disparan sus aullidos hacia los grandes ideales que pasan por el cielo. Al retozar en el jardín, piensan que sus ladridos se les vuelven mariposas. Han oído decir que el perro es el mejor amigo de. Pero las abstracciones son para ellos un hueso difícil de roer. No son amigos del hombre en general, de esa especie de ángel venido a menos o de insecto venido a más. Son simplemente mis amigos: mis amigos de carne y un hueso en las mandíbulas. "Entre más conocemos a nuestros semejantes –fabulan entre comillas– más queremos a nuestro camarada". Son, pues, mi lujo, mi entusiasmo, mi poesía. Por eso, mujer que te asomas por uno de los resquicios de mi expectativa, sabe que, si insistes en el canto de sirena, soltaré las amarras y te echaré los perros.

3

Dificultades

La posibilidad de excitar al cuerpo femenino con el muñón –un muñón desde luego enardecido y detallista– son difíciles y rarísimas. Salvo que la mujer, con gran estilo, logre alcanzar sus muletas y, así, movilizar su consentimiento.

4

Audacias

La perversión saltó del vaso de ginebra al rock tartamudeante, del charco casi seco –sólo con pobre música en las rocas– al oleaje estrepitoso de sonidos. El atrevimiento se colocó frente a todos y empezó a mondar, acuciando el erotismo de su filo, la manzana de siempre.

La cama nos quedó chica.

5

Lengua viperina

La calumnia es un *venticello* que envenena los oídos. Ayer me calumniaste. Torturaste la verdad hasta que se deshiciera en mentiras y gritaste a los cuatro vientos que mi lecho esta rodeado de púas y que en torno a él siempre se lleva acabo el rondín de un ángel custodio. Falsedad de falsedades. Mi cama es un templo a los cinco sentidos. Un oasis con holocausto de camellos. Felicidad para cualquier urgencia. Geografía de itinerarios. Ya estuvo bien. Para que no me levanten falsedades, estoy por citar a una rueda de prensa –o por lo menos una rueda de amigos– y aclarar que para mí los dogmas sensoriales, como los políticos, convierten a los humanos en feligreses, militantes, perros de presa de un prejuicio.

Pobre del individuo que no sea capaz de levantarse en armas contra un idea fija.

6

Autoanálisis

Yo soy, a decir verdad, un buen amante. No un amante de altos vuelos que accede a la cúspide del designio con la mano en la cintura de su gran experiencia. Pero soy un sujeto que, si estoy de humor, puede obsequiar a la mujer de su vida o de ese instante, con un fresco ramillete de orgasmos. No tengo la menor dificultad para que uno de mis deseos se endurezca, ponga manos a la obra, y derrame su entusiasmo todo en alguna de las grietas del apremio. Los secretos no saben qué hacer conmigo. Se muerden las uñas y toman lecciones y lecciones de identidad. Pero yo me los llevo a las bolsas del traje, y como si fuesen pastillas aromáticas, los introduzco en mi boca para amaestrar el aliento. Por eso soy un amante, si no de primera línea, sí de eficacia a prueba de dubitaciones. Las mujeres lo saben. Y el rumor de boca a boca ha socializado en mi medio ambiente la noticia de que mi cama, graduada de oleajes y jadeos, ha obtenido título de suficiencia y hasta, a veces, ha accedido al postgrado de las perversiones.

Pero hoy algo, mujer, me falló de repente: no pude tener más erecciones que las de la vergüenza. Mi virilidad quedó aterida de indecisión. Y me sentí tan confundido y menoscabado que pasé a ser un miembro de número del club de los guiñapos.

7

Vicisitudes en la recta final

Sabes, esto que ves, no es propiamente un ardor a destiempo, la juventud de nuevo acumulada en las yemas dactilares, la excitación de un afán arrepentido. Es tan sólo un recuerdo a ras del tacto, placer que resucita, limosna de una muerte retrasada.

La mano tiembla tanto que no puede por mucho tiempo sostener su ademán apasionado.

AUTOCRÍTICA

No pocas veces, ay, hemos sacrificado lo mínimo en aras de lo máximo. Hemos soñado en asaltar lo supremo y tener al paraíso como botín de guerra. Pero hemos considerado en segundo o tercer lugar, y hasta en los últimos furgones del designio, la simple realización del mejoramiento.

No pocas veces hemos cantado la *Internacional* de principio a fin, sin que una sola nota se nos vuelva al pentagrama del olvido, mientras sufrimos aquí y allá las tarascadas del silencio cuando logramos tararear el himno patrio. No pocas veces, enamorados de la meta, mordisqueando todo el día nuestro ideal, dejamos de comprender que el fin no es alcanzable sin la caza menor de medios o peldaños o que el "hágase la luz" que musita un candil sólo es posible por la corriente de agua, por la energía eléctrica o por los mil procesos de la industria humana que permiten desdecir a la noche y condenar al ostracismo las bocas de los lobos.

Nos sentíamos hombres del alba, cuando éramos individuos colocados en alguno de los minutos más oscuros de la noche. En torno nuestro no revoloteaban los pájaros picoteando sus migajas de sol, sino una parvada de murciélagos que producían oleadas de azabache en el espacio. Pero creíamos estar en vísperas de inaugurar por fin la historia humana, su holocausto de grilletes, su aleluya de puños, su mazmorra de cárceles, su litoral de sueños desligados de los sucios negocios que han tenido con lo imposible.

Ahora, comprendiendo nuestras fallas, hay que poner en el banquillo de los acusados nuestro talón de Aquiles.

¿QUÉ SÉ?

En verdad, el signo de interrogación no es sino el crucifijo del escéptico. Hay interrogantes sin los cuales el hombre no es hombre. Puede ser un individuo hurgando entre las basuras del aquí y el ahora, que se baraja y baraja los dedos de las manos o que ha firmado un convenio de masturbación con la frivolidad.

Ser racional significa tenérselas que ver con las preguntas insoslayables, con los enigmas a flor de entraña, con toda la maleza de inquietudes que brota de no sé qué semillas sembradas en la almohada. Dadme un hombre que no se plantee esas interrogaciones para ubicarlo en un andarse por las ramas como un antropoide cualquiera o como uno de tantos seres a medio hacer por la divina mano olvidadiza.

Yo soy, por eso, alguien que sale al safari de sus propias preguntas. O al sistemático sufrimiento de portazos y portazos que me da el arcano. Coleccionista, no me interesa la numismática y sus volados celestes, ni mucho menos la filatelia y su fiebre por los cubos asombrosos. Soy, en cambio, un recaudador apasionado de todas las demandas fundamentales.

Todo esto explica por qué sobre la cabecera de mi lecho hay un enorme signo de interrogación. Armatoste dedicado a crucificar todos los dogmas que en mi redor revolotean.

DE NUEVO

Dobló en la esquina. Caminaba desprevenido, pensando en el sexo bizantino de las musarañas. La memoria combatía y combatía para convertirse en dueña de la escena. Pero no lograba entintar la mente en blanco. Él, poniéndole su camisa de fuerza a la loca de la casa, iba paladeando su distracción con deleite y minuciosidad. Fue entonces cuando, acelerando su prisa, chocó con la idea.

No es que se le haya ocurrido algo o que cayó de pronto en cuenta de que. No. Más bien sufrieron una colisión él y la idea. Ella se vio aplastada en su frente como las moscas o cualquier vestiglo alado que se estrella en el parabrisas y se vuelve miniatura de pintura abstracta. Pero no sólo la idea se aplastó en él, sino que él se aplastó en la idea, como si dos imanes, uno frente al otro y víctimas del deseo, se deshicieran de golpe de sus escrúpulos.

Malheridos por el enfrentamiento, se les llevó al hospital. Algún médico sugirió una intervención quirúrgica para extirparle al cuerpo la idea. O arrancarle a la idea el cuerpo. Así se hizo. La unidad se desgarró en dos ácidas mitades a las que se les fue evaporando su respectiva sed, al calor de los soles contados por el calendario.

Hoy el hombre se halla convaleciente. Con la mente en blanco. Sin un solo sueño, bajo un cielo vulgar, materialista, que no deja ni siquiera el brochazo de un pegaso en su atmósfera.

Pero hay otra idea que se halla revoloteando sobre su cabeza. Busca otra frente en la cual estrellarse.

De nuevo el mundo actual corre peligro.

¿ELOGIO A LA MUERTE?

No es posible ocultar que en ocasiones el temor hinca sus espuelas en el corazón, hasta rebautizar su paso con el nombre de estampida. Tampoco que la paz y a veces las uñas son víctimas del insomnio, ni que, otras, nos despertamos, a la voz del gallo enloquecido que vive en las entrañas, con la aflicción de que alguien, ladrón nocturno de pies algodónados, nos puede sustraer la tierra firme o arrancarnos las muletas de la normalidad, mientras el pecho pasa lista a sus inminentes sollozos y el rostro se enmascara tras la más descolorida versión de la zozobra.

Pero este pavor por la muerte se basa en que nunca pensamos qué ocurriría si fuésemos eternos o, dicho con otra tonalidad de la misma tinta, si no estuviéramos puestos en ese paréntesis, carne de reloj, formado entre la cuna y el sepulcro.

Si fuésemos eternos, hombres y mujeres de no acabar, no podríamos celebrar cumpleaños, distinguir a los jóvenes de los viejos, ni reunirnos a fines de diciembre a despedir el día, el minuto, el segundo y el reguero infinitesimal de instantes que se ubican entre el año que agoniza y el que sale del útero de su inexistencia. Ser eternos significaría encarnar en individuos que en ningún momento huelen a principio y que en ningún instante saben a final. Seríamos no como dioses, sino dioses, porque el título de deidad lo da precisamente el carecer de padres y de sepultureros. Todos los eternos tendrían la misma edad o la misma ausencia de edad. No podría haber seres más eternos que otros. O con una infinitud de mayor abolengo. Ni podría existir una desigual distribución de experiencia, de temblores en la mano o de cantidad de arrugas.

Tal vez los seres eternos podrían referirse en sus pláticas –porque de algo tendrían que hablar– a los mortales, esos entes minusválidos que padecen tumores de lo efímero. Y es que hay tres tipos de seres temporales: los que nacen pero no mueren (es decir los que lucen la eternidad hacia adelante y el tiempo hacia atrás), los que mueren pero no nacen (o sea los que tienen el calendario frente a ellos y la eternidad a sus espaldas) y los que nacen, se devoran las uñas y mueren (esto es, los pobres hombres que cargan de por vida su *alrededor* de tiempo).

Quizás nos hacemos cruces ante la muerte porque no nos hemos puesto a meditar qué es un ser condenado a siempre ser. Pongamos el ejemplo del amor, si es que hay amor entre los seres inmortales. En el supuesto caso de que dos individuos eternos se hicieran amantes, cada uno,

aun queriendo a su pareja, jamás se inquietaría por la vida del otro. Su amor sería un amor descuidado, sin tronar de dedos. Los accidentes mortales se hallarían en las huestes de lo inconcebible. La enfermedad, el atropellamiento, el síncope cardíaco serían mudos frente a esos seres que cargan células modeladas con las manos de lo eterno. Tampoco habría suicidios por amor o crímenes pasionales. El "suicidio" de un inmortal tiene que ser peinado así, con comillas, porque equivale de hecho a sólo un cambio de estado de ánimo, a dejarle manos libres al olvido o a tomar por los cuernos otro toro. Los "asesinatos pasionales" son actos de violencia inútil, como manotazos en el viento o duelos de esgrima con lo imposible. Aquí no podría existir la clásica amenaza de que si no nos aman, nos matamos. Este chantaje es invariablemente, en nuestro mundo, de una efectividad tremenda, porque es más sencillo titubear *sí*, y estar dispuesto a intercambiar regazos, que cargar en los hombros los restos del suicida asesinado o la maloliente insistencia de la culpa. Pero esta amenaza carece de sentido en un mundo donde los cronómetros, si algunos hay, están amordazados, con el dedo una de sus manecillas en la bola del tiempo. No habría prisa además para conquistar al amado o a la amada, para llevarlos abruptamente al vericuetto de la fascinación, en la conciencia de que si hoy no se le seduce, podría seducírsele sin dificultad alguna vez.

Si los humanos a veces se fastidian, si no saben qué hacer con sus dedos, si se sienten crucificados en su *tedium vitae*, si, en fin, se vuelven el fantasma que recorre todas las galerías de sus castillos en el aire, los dioses padecen de algo más aterrador: pasarse horas y horas, o siglos y siglos, no matando el tiempo, sino finiquitando la eternidad.

La muerte ronda en torno nuestro. Se halla a la vuelta del corazón, agazapada en nuestro último suspiro. Cuando el óvulo de donde provenimos fue fecundado, convertido en capullo de alborada, no sólo se le introdujo el "levántate y anda" de un espermatozoide, sino el germen oscuro de la muerte. Por eso vivimos un miedo indescriptible a la guadaña y al rumor de estertores que conlleva al afilarse. Como minucia-con-delirio-de-grandezas que soy, como costal de muinas, quizás temo a la muerte porque no me he puesto a meditar en aquella tierra baldía donde se escucha el perpetuo rechinar de ruedas de la palabra siempre.

Sin embargo, a pesar de cualquier elogio al cadáver del pulso, a pesar del vacío tranquilizador que llena la última letra del silencio, tenemos la "morriña de la eternidad", que decía el poeta, o el ansia inextinguible de matrimoniar nuestra respiración con un oxígeno en perfecto estado de salud.

¿Se deberá todo esto a que el instinto de conservación no quiere dar su brazo a torcer, a que compartimos la melancolía del alud de ángeles arrojados al tiempo, o a que somos efímeros coleccionistas de superlativos? Lo ignoro. Mi inteligencia se queda en los suburbios de la intuición, en la antesala de tortura del interrogante. Pero no me cabe la menor duda de que los humanos –pobres bestias que intentan aletear– somos unas criaturas que desean, a pesar de los pesares, no dejar de tener el día menos pensado una aventura con la perfección.

ASTUCIA DEL AZUFRE

Al fin hallé la pieza que faltaba. Tengo ya, frente a mí, el rompecabezas de Dios. Nada le falta. Por fin puedo torcerle el brazo al sinsentido. Hasta sostengo ya, entre el dedo anular y el índice, la pieza irregular de la creencia. La misma bienaventuranza –superlativo mordiéndose la cola– está a punto de consumarse. Mi mano, con temblores de incienso, se dispone a completar su propósito. Pero el demonio se halla en un rincón mascullando y mascullando las leyes de la dialéctica.

SIN MÁS TESIS QUE LA SINTESIS

Propósito de fin de año: desactivar la bomba del egocentrismo.

Las palabras *mío* y *tuyo* siguen siendo dominios de la soledad. Sólo el vocablo *nuestro* es el aula para aprender a envenenar nuestras orillas.

Amor: cuando dos ríos confluyen, no hay una sola gota de la que podamos decir: se trata de una lágrima de Narciso.

VOTOS DE HOMERO

Heráclito de Éfeso –nuestro Señor de los gerundios– escribió cierta vez: "Homero maldice la máxima ley cuando hace votos porque la discordia desaparezca de entre los dioses y de entre los hombres". La "máxima ley" significa aquí ahíncos de demiurgo, ubicuidad de contrarios, reguero de iracundias. Pero la discordia no sólo se inmiscuye entre las deidades y los mortales, sino también en el alma. Cerebro es, qué duda cabe, otro nombre de campo de batalla. Adentro del cráneo siempre hay un ejército de neuronas que, entonando el himno nacional de su hemisferio, se dispone a chocar con otro. No hay un solo cerebro que, buscando la paz, amase con su materia gris materia blanca. En veces, sin embargo, parece haber armonía, que las células firman armisticios y hasta que la guerra ha sido dada de baja por los siglos de los siglos.

Pero se trata siempre, hay de nosotros, de la paz envenenada de la tregua.

CINCO FACETAS DE IDÉNTICO DELIRIO

1

Res gestae

Cada movimiento de la mano de Dios, crea un gerundio.

2

El prodigio

¿Qué valen las galaxias, el infinito número de estrellas, el festín de lo descomunal, frente al más insignificante de los pecados, nacido del milagroso germen del “se me da la gana”?

También la locura es una opción: una noche en la árida quimera. Incluso Luzbel –que hubiese podido con la mano en la cordura tornar a ser el brazo derecho de la beatitud– quemó las naves de su arrepentimiento con el fuego bienaventurado de su libre arbitrio.

3

Nochebuena

Decidimos a las doce en punto llamar por teléfono al más allá. El número es sencillo: sólo un cero. Sentimos de repente en la línea una voz de incienso tartamuda. Pero la estática del espacio interrumpió una vez y otra vez la llamada.

No obstante, aleluya, supimos que nuestra derecha mano cargó durante un instante (temblorosa, sin desmayos), el infinito.

4

Día llegará en que

...Dios –habitante del templo de su D mayúscula– se arrepienta, que padezca una trombosis ética en su sagrado corazón. ¿Lo perdonaremos? ¿Seremos sólo escrupulosamente justos con él o devendremos también caritativos? Todavía, sien, embargo, no ha llegado el momento. No ha sonado aún la hora del Apocalipsis del más allá. Al reloj le falta aún vomitar un desierto. La venganza o la misericordia deben continuar por ahora adormecidas, ocupando, antes de entrar en juego, su lugar en la banca. El escándalo del pecho debe seguir amordazado.

Digámoslo de este modo: aún es prematuro que las criaturas se refieran al día del juicio que inexorablemente le llegará al Creador. Para hablar de tal cosa será necesario cambiar de perspectiva: es indispensable encaramarnos a la atalaya de nuestra propia esencia, para ver, desde ahí, cómo nuestra orfandad se adueña poco a poco de todo el horizonte.

5

Conclusión

Digo: el tiempo verbal de la perfección sólo podrá ser conjugado por una deidad. O quizás por un ángel perfectísimo parado de puntas. Insisto: sería algo así como un verbo que se autoconjugará. Reflexiono: pero la fe de erratas de tanta excelencia tendría que ser un rosario de duda.

Concluyo: lo que basa es que a este pobre cronista de gerundios le resulta inverosímil una eternidad dedicada, de tiempo completo, a liquidar lo efímero.

CRONÓMETROS AMORDAZADOS

APÓLOGOS

I

Incidente selvático

Un león, guiñando un ojo a los fabulistas, abrió las fauces a la más aterradora de las vocales. El rugido duró por lo menos un hora. La selva, al azote de un viento encabronado, se convirtió en una fábrica verdosa de temblores. En cada hoja existía una pequeña gota de saliva del monarca. Pero de pronto, el león dio una nota en falso y túvose que limpiar los espolones del eructo. Fue algo así como si Tamagno, Caruso o Pavarotti desafinaran en el do de pecho aguardado durante horas. El león corrió a esconderse detrás de dos manchones de rubor. Y se encogió volviéndose cachorro, leoncito de peluche. La jungla toda se puso a tararear la Marsellesa.

II

Parabola de Schopenhauer

Dice Schopenhauer: "En un crudo día de invierno, un rebaño de puercoespines se habían apretado unos contra otros para librarse del frío, prestándose mutuamente calor. Pero apenas en contacto, sintieron el escozor de los pinchazos de sus espinas, lo que les hizo separarse"(*).

En un crudo día de invierno, efectivamente, un grupo de puercoespines opta por apretarse unos a otros con intención de escapar del frío. Sus adversarios son el invierno, sus colmillos y las gélidas tarascadas que trae consigo. La soledad es derrotada, pero al precio de vivir un abrazo genocida.

Mas hay puercoespines que deciden alejarse unos de otros. Antes de huir, de precipitarse a su aislamiento, cada quien bautiza al hermano con el nombre de Caín y entre todos instituyen una frontera de quijadas de burro. El amor fraternal, con su utopía a cuestas, es el mayor suplicio que podría producirse en esta cámara de tortura. Por eso, todos corren a sus alejamientos, como flores que guardan la debida distancia con la jauría de espinas. Nada es mejor que un puercoespín seduzca al otro.

* Arturo Schopenhauer, **Eudemología. Parerga y Paralipómena**, Librería Bergua, Madrid, p.246

¿Existe alguna forma de escapar al dilema, a la guadaña de doble filo? Hay, sí, dos posibles soluciones: que el frío sea derrotado –con lo cual vencerá la soledad y los nuevos instrumentos de tortura que trae consigo todo pronombre. O que los puercoespines se deshagan de sus púas –con lo que triunfaría el amor, pero se hallaría anémico de límites y la identidad podría escaparse por las ventanas de cada mónada.

Lo ideal sería que el frío se destierre y las espinas desaparezcan. Así los individuos podrían optar unas veces por hallarse solos para entregarse al decorado y amueblado de su individualidad y, otras, por volcarse al amado o a la amada tras de arrojar al cesto de basura la túnica ardorosa de sus propias fronteras.

III Máxima

Los motivos del lobo no son comprendidos por San Francisco, ni por la Inquisición, ni por cualquiera de las Sociedades de buena conducta habidas y por haber, pero sí, en ocasiones, por la oveja negra, y siempre, al final, por la Caperucita Roja.

IV Reguero de reflexiones

Paradojas de la historia: los dinosaurios acabaron por hacerse ojo de hormiga.

Feliz porque la dueña de la casa se deshizo del gato, el ratón ronronea.

Las aves, a medida que sufren más la esclavitud de sus cárceles metálicas, de las mazmorras aéreas y de la jaula apretada de su cuerpo, sueltan, en clave de trino, desgarradores arpegios a la libertad.

Este perro, fatigado de pretender enseñar a ladrar a los humanos, empieza a moverle la cola al alfabeto y a gruñirle a todas sus vivencias que intentan encerrarlo en la perrera del aullido conformista.

El loro que tienen los lectores ante la vista es de una inteligencia tal que después de atragantarse y atragantarse de palabras, aprendió a repetir sin cesar el mismo silencio.

Cuando veo cómo las hormigas cargan descomunales ápices, siento en mis dedos (que aprietan el lápiz) un hormigueo capaz de levantar una pesadísima oda a la musculatura.

En la naturaleza percibimos que desde los microbios hasta los mastodontes deletrean la frase "supervivencia del más apto" y se preparan, tras de ponerse en guardia y darles consejos a sus puños, para la contienda.

Quizás las abejas sufren a veces un empalagamiento de sus funciones cotidianas de su rutina instintiva. No lo sé. Pero resulta un hecho incontrovertible que su cuerpecillo, si se le mastica, tiene un sabor amargo.

FRACCIONAMIENTOS DE LO ETERNO

TRÍPTICO DE ÁNGELES

I ANTECEDENTES DE MI ÁNGEL CUSTODIO

Fue un ángel que empezó a dar mucho de qué hablar. Los rumores en crescendo –como salvajes cantos gregorianos– tenían su nombre como tema. Los tribunales supremos tuvieron que tomar las cosas en sus manos, llevaron a cabo el juicio y dictaron la sentencia.

Fue juzgado culpable, se le mermaron perfecciones y se le amenazó con dejarlo en el quicio de la puerta de la especie humana. Y aunque era, a partir de ahí, el único ángel que respondía a las voces del espíritu santo con sus tímpanos hincados de rodillas, era también un depósito de urgencias y un caldero de malos pensamientos. Criatura libidinosa. Con el cáncer del pecado devorándole sus órganos internos. Ángel mal hecho. Ente que era mejor desbaratar porque encarnaba una descompostura de la beatitud, y una perfección no puede por principio llevar de remolque ninguna fe de erratas. Al cielo le fue imposible soportar un engendro. Y, al igual que Luzbel, mi ángel supo del ostracismo, la flamígera espada y la blasfemia inversa.

No era el ángel terrible, ni siquiera tomaba parte del comité ejecutivo de la rebeldía. Era un ángel común que blandía en lugar de sus alas dos harapos. Un ángel muerto de frío que se calentaba en la hoguera de sus atrevidas concupiscencias. Un ángel tan disminuido que, antes de hallarme, estaba tramitando su pasaporte para la nada...

II NOTA ROJA

Los guardianes le aprehendieron por la noche, al estallar en toda su furia la tormenta de incienso. Le doblaron el brazo, le fracturaron la ilusión y lo arrojaron a la mazmorra con la esperanza de que le nacieran telarañas en todos sus propósitos.

(El jurado fue implacable. El abogado defensor fue sintiendo en la boca poco a poco la lengua anestesiada. El tribunal no dudó en sentenciarlo a un perpetuo sentimiento de culpa).

Pobre ser condenado a ensartar sus agonías como cuentas sin cuento del rosario.

Se trataba de un ángel anegado de dudas. Perplejidades. Con plegarias que sufrían la hemorragia de los puntos suspensivos. Con una lógica, en fin, hipnotizada por los ojos de serpiente del escrúpulo. Se trataba de un ángel enamorado de su muerte.

III INSTINTO DE CONSERVACIÓN

Para escándalo de todos los ángeles, un arcángel largó cierto día un memorándum a Dios demandándole el privilegio de fallecer, de cambiar el infinito por una paletada de tierra. "Ya no soporto más, oh Dios –le espetó compungido–, hallarme crucificado en los brazos de la eternidad". A todos los querubes y serafines –y no se diga las potestades– les pareció inmoral, incomprensible y también perturbadora la manera de balar de la oveja negra. Pero lo peor de todo fue que la pasión por la muerte devino un mal contagioso, cáncer itinerante, peste en el mismísimo cielo.

Hincada de rodillas y con las manos juntas, la envidia a los humanos se agazapó en el inconsciente de los inmortales. A partir de entonces, si los terrícolas ansiaban no morir, las divinidades se desvivían por dejar de ser. Dios padre, entonces, tuvo la debilidad de permitir que el arcángel que le escribiera pereciese. Eso fue, lógico es, el acabóse. Todos exigieron la momificación de su pulso y el triunfo del descanso polvoriento. Hubo, así, un verdadero holocausto de criaturas angélicas. El mismo Dios echó mano del suicidio, mordió el polvo de su reloj de arena y se convirtió en el sagrado corazón del mito.

No obstante, por más que el cielo se transformó en una tierra baldía y un campo roturado de epitafios, por más que el único jadeo que se escucha en este sitio es el del viento indomeñado, los hombres, sordos y ciegos como de costumbre, siguen teniendo pavor a la muerte y al *dictat* de los relojes, y suspiran por poseer algún día un título de propiedad en uno de los fraccionamientos de lo eterno.

Pobres humanos. Pobres. Continúan llevando a su vera el temor a la muerte, el ángel fieramente humano de su guarda, y sueñan, jubilación del tiempo, con que nunca dé su brazo a torcer esa dialéctica d aire que hay entre sus pulmones y la atmósfera.

CANTATA AL EPITAFIO

RECTIFICACIÓN

Por lo que mas quieran, poetas, no vayan a comparar una gota de rocío con una lágrima. Ni mucho menos emplear el azul para iluminar el firmamento. Por favor, no pergeñen analogías entre el soplo del aire y la congoja con ansias de vuelo que nace entre los labios. Hay tantas comparaciones andrajosas y tantos adjetivos pordioseros. Por favor no digan "de esta agua no beberé". Hay tantos lugares comunes que fecundan a control remoto nuestras lenguas. Les ruego que no vayan a escribir...

Pero ¿por qué quiero dar consejos, recetas de perfección, reglamentos de tránsito para acceder a la poesía? ¿Por qué aspiro a hacer una distribución equitativa de lo ello? Qué sandez. Qué invasión desmedida, qué ínfulas d mentor, qué estúpido tratar de ponerles micrófono a los estados de ánimo.

Alma mía, muérdete la lengua. Torna a tus límites. Acorrálate en tus escrúpulos. Volvamos a la obra de siempre: la escultura inacabada de Narciso.

INTIMIDADES DE LA HOJA EN BLANCO

1

Naderías

La gota de perfume cambia el estado de ánimo de toda alcoba. El guijarro convierte un resquemor cualquiera en amenaza pública. El minicuento es una chispa que sabe las pestañas inflamables. Loable es la brevedad, el tronar de diminutivos, el álgebra de lo sublime, el pellizco de belleza.

2

Arte poética

Lo malo de mi suspiro es que no logra despeinarte.

3

Hermenéutica

He aquí el vidrio de aumento para que cualquier ojo pueda leer el código poemático -y su jeroglífico de significaciones- de todo minicuento salido de mi complejo de inferioridad.

4

Preceptiva

En una frase cabe a veces la poesía. También posiblemente en una palabra. Quizás en una letra. Siempre en la hoja en blanco. Y es que, por definición, el silencio es la epopeya de todo lo posible.

5

Pasión autocrítica

Sujeto, verbo, complemento. El adjetivo y su entusiasmo por la decoración de interiores. Todos fueron a parar al cesto de basura o, si se prefiere, a una procesión regresiva al diccionario. El corazón se puso a paladear su desdecirse. La gula de la goma de borrar no se contenta con el desgarramiento de la frase o la amputación del epíteto canceroso, sino que, en su nihilismo apasionado, lo sigue haciendo con el mismo papel, como cualquier polilla.

6

Taller literario

La estética de ese taller literario era en verdad provocativa: escribir poco y corregir mucho. Hay que dejar oscuro el borrador... El pobre principiante que presentaba una novela era visto como chivo en cristalería. Una joven promesa acabó por ser especialista en arrepentirse. Otro hizo el panegírico de un ápice. Y una más hizo la fenomenología de un diminutivo. Los participantes del taller presentaron finalmente una audición. Cada escritor que subió al estrado hizo patente su manera muy propia de cercarse al silencio. El auditorio aplaudió a rabiar. Finalmente, obtuvo la indiscutible simpatía de los oyentes aquel poeta que hizo variaciones y más variaciones sobre el tema de morderse la lengua.

7

Cuentema

Todo cuentema debe estar formado por tres partes: una anécdota poética que, cuando la ambigüedad es nuestra musa, deja al sectarismo de los géneros sacudiendo sus prejuicios; un laberinto construido con el hilo de Ariadna de su tinta, sabiendo que en la cárcel se hallan siempre las premisas del indulto, y un homenaje invisible permanente al caballero Baltasar Gracián, el mayor publicista de la nada.

8

El ideal

Nada hay como prenderle veladoras al silencio. La verdadera proeza –cuando se sienten hormigueos creativos en las yemas– no es economizar palabras o rendirle pleitesía a la brevedad. Tampoco fumigar los adjetivos, en pos de la salud de los vocablos. Lo maravilloso, lo sublime, es empezar nuestro escrito, como el matemático que comienza su operación a partir de menos cero, a partir de menos palabra.

HOMENAJE A LO BREVE

Una astuta editorial decidió rendir un homenaje a la economía escritural: a los hai-ku, a los poemínimos, a los epigramas y a las palabras –metáfora– como *chispiérnaga*, vocablo que saca de sus casillas a cualquier lobreguez que haya en el mundo.

Antes de ello, y para prepararse, hizo una antología de los parpadeos, de las respiraciones entrecortadas, de los esbozos de un suspiro. Pergeño además el primer florilegio de granos de polvo. Y la única colección de sílabas tendenciosas.

Tuvo dos obstáculos: primero, que ciertas epopeyas con complejo de inferioridad demandaran su espacio en el homenaje a lo breve. Segundo, que una que otra menudencia lingüística con megalomanía se deshizo en improperios al verse formando parte del museo de las naderías. Los obstáculos fueron, sin embargo, superados por el sencillo procedimiento de borrón y ni modo.

La antología ha tenido un cierto éxito. Es un texto que puede ser leído, con la mano en la cintura, en el atril de un minuto cualquiera. A la hora del café. Entre un beso y otro. En el interregno entre el tic y el tac de un cronómetro que mastica presentes y arroja los bagazos al pretérito. La antología puede conseguirse en cualquier librería, aunque su edición fue pequeña, hecha a cuentajos. Su escualidez editorial esta destinada a un rincón perdido en los estantes. Su finalidad: ser un evangelio de la nada. Chorro, al fin, enamorado de una de sus gotas. Lo bueno, si breve, es una oda a la goma de borrar. Cantata al epitafio. Fenomenología del ojo de hormiga. Palabra final a quien hay que cerrarle finalmente los ojos.

ESTÉTICA DEL CUENTEMA

Ningún cuento que se respete a sí mismo, puede empezar su peregrinar por el mundo con el "érase que se era". Salvo que se trate de un cuento que precisamente no se respete. Y en tal caso debe comenzar con un audaz "érase que se era un cuento que no se respetaba". Pero un inicio tal está plagado de problemas.

Destacaré dos: primero, que este cuento tendría como protagonista principal a un cuento, lo cual más que ser una redundancia es una vieja bellaquería *metacuentística*. En segundo término, un cuento que no se respete a sí mismo es un cuento desdoblado o esquizofrénico: hay una parte en él que se erige en juez, levanta el dedo y desaprueba, y hay otra parte que sufre la avalancha moralista del juicio despectivo.

Por lo tanto, el "érase que se era un cuento que no se respetaba", debe ser completado (completado significa lo siguiente: debe ser llevado a los suburbios de las últimas consecuencias) con la frase un si es no es conturbadora de "érase que se era un cuento que, desdoblado en una parte respetable y otra no, vivía una contracción de tiempo completo". Esto ya no es algo chocante y negativo, algo jalado de las neuronas, algo que conduzca a Dios a mesarse su divina melena, o a que el ser material –que se niega a ser bautizado– se truene los dedos de sus leyes dialécticas. No. Es algo más positivo y encantador que una melodía de Mozart tarareada por el viento, o la pesca milagrosa, no de un puñado de peces recortados al tamaño de su asfixia, sino del fondo del mar que es el más maravilloso, recatado y rico de los cofres de pirata.

Digámoslo sin reservas: el cuento que no se respete a sí mismo es un cuento en vías de cambio, como el hormigueo de ser *alguien* en el árbol de las jerarquías. Cuento que no está complacido con la masturbación precoz del minicuento, del suspiro de cuento que es algo así como una caja de música a cuentagotas o quizás el álgebra de la música de los astros.

Mas vocearé en este sitio confidencias: al *cuento* protagonista del *cuento* pueden pasarle dos cosas: tener las alas cortadas con todo y cielo, o secretarse con la megalomanía que considera a lo descomunal sólo como un pariente rico, y puede sentirse, así, el adobe inicial de una novela.

Pero dejaré aquí este andarse, espigando la flor del equilibrio, por las ramas. El cuento descontento de sí, sin amor por sus entrañas semánticas, busca ser siempre otra cosa. Cambiarse de habitación. Volcarse a algún allende. Y aquí reside su maravilla: su afán de ser distinto, de ensartar

perspectivas inéditas como quien ensarta dioses o de llevar a la molinera harina de otro costal. Pero también aquí debe perfilarse la anécdota requerida de todo cuento con porvenir ocular: el cuento descontento de sí, saldrá a recorrer mundo, a tener devaneos, aventuras, complicaciones. El cuento, en el cuento, debe relatar a los lectores o relatarse a sí mismo una anécdota que hipnotice la atención y ponga entre paréntesis el fastidioso disenso de las leyes naturales.

Si ser un minicuento –o algo peor, un cuento *nonato*– es apenas el discreto ideal de alguien que no sabe ver más allá de sus pupilas, el cuento embarnecido tiene que seguir la siguiente secuencia: a) ceñirse las botas de siete leguas, b) decirse que la novela es el cuento de hadas del complejo de superioridad, y c) –y no por ser c, no tiene en la a y la b la galería de los sueños que balbucen, a reloj partido, la inmortalidad– y c, repito, inyectarse hormonas de poesía y a ver qué pasa.

En fin, el cuento que se iniciara con el "érase que se era un cuento que no se respetaba a sí mismo" tiene que poseer un desenlace: un final feliz, un descanso en los ojos y un suspiro en los labios.

Apreciación final: si tú, lector, has tenido la entereza de acceder a este sitio, seguramente llegarás al término del cuentema con la misma valentía con la que algunos sentenciados a muerte llegaban al cadalso. Se les cortaban las melenas; se les ataban las manos, las protestas y los gemidos; se les ponía el cuello al pie de la guillotina y sentían, inmovilizados, cómo se les venía abajo desde el mismísimo cielo un punto final perfectamente afilado.

LOS ALBAÑILES DEL IDEAL

CONSEJO

Cuando accedas al poder de la ínsula, oh Sancho, deberás espiar, perseguir, no dar respiro a la fórmula D-M-D. (*)

Has de saber que se va a ocultar; que, llegando a esconderse en las más profundas grutas de la clandestinidad, aspirará a ser invisible o, a lo menos, a encarnar el propósito de transparencia que trae siempre consigo el ansia de pasar inadvertido.

Has de tomar en cuenta que, escondida, amueblará sus catacumbas con los trozos más elocuentes del rencor, que pasará sus momentos de alegría tarareando su rechinar de dientes y que intentará roturar los campos del revanchismo con su albedrío en armas.

Hay que seguirla en sus ires y venires o en la miel engañosa de su púlpito. A aprehenderla por sorpresa, a la vuelta de un descuido. Atarla de pies y manos, y arrancarle la mascara. Arrojarla al rincón del calabozo donde está la esperanza agonizando. Habrá que llevarla por la fuerza al cadalso hasta hacer que en sus cenizas o su polvo comiencen a grabarse las huellas dactilares del olvido.

Ensilla, Sancho, tu rocino. Te doy en préstamo mi yelmo, mi lanza, mi rodela. Torna, escudero mío, tu guerra en permanente: en guerra de no acabar. No de pondrás la fuerza de tu brazo frente a cualquier follón descomunal que pretenda esconderse detrás de alguna tregua.

* Dinero-Mercancía-Dinero incrementado

EL MISMO SUEÑO

Nuestros enemigos mortales san aquellos que han hecho de la ceguera su profesión. Los que, para consolidar la dictadura de su oscuro centro, organizan redadas de luciérnagas, jalonean lo gris hacia lo negro y pastorean majadas de lobos. Nosotros quisimos estar en el mismo bando del amanecer, tramitando la permuta de cuervos por palomas. Pero las oscuridades no son privativas de quienes pilotean ventarrones de azabache, o de quienes, melómanos del trueno, lanzan a diestra y siniestra relámpagos de negrura. También en las huestes matutinas, donde, desertando de sus ojeras, se congregan los albañiles del ideal, y donde los luchadores pasan revista a todas las ocurrencias de la luz, hay no pocos individuos, disfrazados desde el cuerpo hasta el nombre, que adoran, en las aras de su misa negra, alguno de los seres mitológicos de la negrura. No es fácil dar con ellos ni hay brújulas que apuntan a las peores vivencias de lo oscuro. Hablan todo el día de la alborada. Blanden el puño contra toda fatiga. Puntúan sus escritos con gotas de roció. Fingen ser la parte radical del cataclismo. Y hablan de masacrar la noche entera.

La lucha contra nuestros enemigos es, entonces, difícil, complicadísima, vacilante. El adversario no sólo está ahí, al filo de las *doce de la noche*, sino incluso en la primera hora que negocian el día y nuestro insomnio.

Los amantes del alba nos hallamos apostados, pecho furia, en nuestras barricadas. Las amplias, las estrechas. Con un *afuera* lleno de enemigos. Y un *adentro* en parte envenenado. Pero la noche se debilita, enferma de inmundicias; se le aflojan los músculos oscuros. Es incapaz de continuar con el cielo en la mano. Es una noche preñada ya de cuarteaduras. Una noche, para decirlo pronto, con los murciélagos contados.

El sol, en cambio, se encuentra en la sala de espera de su perpetuarse, en las vísperas de su cantar victoria con las flautas de pico y espolones de todo el universo y a unos segundos de inaugurar la historia de la especie. La justicia, por fin, se halla bajando su tren de aterrizaje.

Nosotros decidimos estar en el mismo bando de la aurora, en la conciencia de que hasta el mismo semen cuece color de madrugada.